

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
TODO CALIBAN
Concepción. Cuadernos Atenea, 1998

Con una hermosa y cuidada edición del libro *Todo Caliban*¹, la Editorial Cuadernos Atenea de la Universidad de Concepción estrena su nueva “Serie Literatura”, dirigida por el profesor Mario Rodríguez. Se trata de una recopilación de varios ensayos del escritor cubano Roberto Fernández Retamar, aparecidos en distintos años, relacionados con Caliban: “Caliban” (1971), “Caliban revisitado” (1986), “Caliban en esta hora de nuestra América” (1991), “Caliban quinientos años más tarde” (1992/1993) y “Adiós a Caliban” (1993). Los precede una “Noticia” introductoria donde el autor anticipa los motivos, más aún, la necesidad de su perseverancia en este personaje de *La Tempestad*, de Shakespeare, a cuya relectura como metáfora de la realidad latinoamericana contribuyó en forma substancial desde hace ya casi tres décadas.

El ensayo inicial, “Caliban”, que llevaba, al menos en sus primeras ediciones, el significativo subtítulo “Apuntes sobre la cultura de nuestra América”, es probablemente uno de los trabajos más conocidos del autor y ha llegado a constituirse para muchos en un manifiesto cultural de Latinoamérica. Es también el texto medular y referente explícito o implícito del conjunto de trabajos que incluye este libro, básicamente porque allí expone *su* visión de Caliban y los aspectos de la realidad latinoamericana que en él se encarnan, aspectos que de una u otra manera se vinculan con la problemática colonial y neocolonial de este continente. De estos problemas hablará en los ocho capítulos o apartados que estructuran este largo ensayo y los artículos que completan el libro.

Como aclara en “Caliban revisitado”, el primer ensayo fue escrito en pocas semanas y bajo el impacto de acontecimientos de índole político-cultural vinculados a la revolución cubana, que fueron altamente controversiales para el medio intelectual latinoamericano, especialmente de izquierda. Estos hechos fueron, por una parte, el conocimiento público de los antecedentes en torno a la revista literaria *Mundo Nuevo*, creada y financiada en París por la CIA para desacreditar a Cuba, en la que habían colaborado también escritores latinoamericanos simpatizantes de la Revolución y, por la otra, el proceso al poeta cubano Heberto Padilla y su repercusión en el medio intelectual latinoamericano. “Si a estas alturas —dice en 1986— se [le]

desgaja de esa polémica, o no se la toma en cuenta, es evidente que se lo traiciona” (p. 82).

Pero, al mismo tiempo, es evidente también que se trata de un texto en que cristalizan reflexiones y lecturas en torno a problemas centrales de la realidad latinoamericana largamente pensados y madurados, reflexiones que ya anticipa en artículos anteriores, como “Con Fidel hasta el fin” (1969), en que estrena el personaje Caliban, y algunos textos sobre José Martí y Frantz Fanon en *Ensayo de otro mundo* (1967), publicado también en Chile por la Editorial Universitaria en 1969. Por otra parte, la prolija erudición de su análisis de *La Tempestad*, el acopio de antecedentes bibliográficos que sustenta la revisión de la trayectoria de Caliban en la literatura europea y latinoamericana (Renan, Guéhenno, Mannoni, Rodó, Darío, Groussac, Lamming, Césaire, entre otros) y las numerosas referencias críticas que complementan los temas que trata, no hacen sino corroborar esta afirmación.

Sin embargo, más allá de este acopio erudito, lo que importa tener presente es que se trata de una reflexión que se articula desde la contingencia histórica de Latinoamérica de la que Caliban forma parte. No como un personaje símbolo, más o menos circunstancial, tomado de una pieza dramática inglesa del siglo XVI, sino como un “personaje-metáfora” o “personaje-concepto”, en que se sintetiza la realidad cultural, política y social de Latinoamérica, o, mejor dicho, aspectos y problemas de esa realidad que se condensan poéticamente en su figura y que, como tal, ilumina.

Importancia central tiene en este contexto el problema, directamente vinculado a nuestra historia colonial y neocolonial, que dice relación con el reconocimiento de la existencia de una cultura propia y autónoma, dada su condición *mestiza*. Ante el persistente cuestionamiento de esta autonomía, Fernández Retamar invoca a José Martí, a quien pertenece la expresión “nuestra América mestiza” y quien reconoce justamente “este adjetivo preciso como la señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes de aborígenes, de africanos, de europeos —étnica y culturalmente hablando” (p. 10-11). Este es uno de los rasgos que quizás más tajantemente nos distingue de otras regiones colonizadas por los europeos, los pueblos del África, por ejemplo, donde se ha conservado, pese a todo, una cierta homogeneidad étnica y cultural. Pueblos que supieron resistir los efectos devastadores de la colonización, a través de la conservación, al menos en un grado considerable, de su lengua. En Latinoamérica el problema de la lengua está en la raíz de una confusión de larga y al parecer inerradicable actualidad: el considerarnos “como aprendices, como borradores o como desvaídas copias de los europeos, incluyendo entre éstos a los blancos, [...] porque descendientes de numerosas comunidades indígenas, africanas, europeas, tenemos, para entendernos, unas pocas lenguas: las de los colonizadores” (p. 12). Y esto implica no sólo palabras, sino también conceptos. Es la circunstancia que para Fernández Retamar representa Caliban en *La Tempestad*,

cuando increpa a Próspero: “Me enseñaste el lenguaje, y de ello obtengo / El saber maldecir. ¡La roja plaga / Caiga en ti por habérmelo enseñado” (p. 12).

Los apartados titulados “Para una historia de Caliban” y “Nuestro símbolo”, están dedicados al posible trasfondo histórico, esto es, las raíces americanas del personaje en su origen europeo renacentista y a la revisión de su trayectoria literaria, especialmente en América, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. En Caliban (cuyo nombre sería un anagrama de *caníbal*, voz deformada de *caribe*), Shakespeare habría recogido y elaborado una de las miradas de los europeos sobre el habitante indígena: la visión infamante del belicoso antropófago, monstruoso y bestial, que se divulgó desde la aparición del *Diario* de Colón. La otra opción es la visión utópica, paradisíaca, representada también por Colón en los bellos y mansos indios *arauaco*, visión que un siglo después tendrá su expresión literaria —aunque no basada en Colón, sino que en informes de misioneros europeos en el Brasil— en el célebre ensayo de Montaigne “De los caníbales”.

Según el análisis de Fernández Retamar, estas dos visiones, ampliamente difundidas en Europa, confluyen en *La Tempestad* como dos miradas, dos actitudes sobre el Nuevo Mundo, desvinculadas entre sí en la obra, pero representativas ambas de la naciente burguesía europea. La actitud utópica se expresa, glosando casi textualmente algunos pasajes del ensayo de Montaigne, en el proyecto de utopía de Gonzalo, el noble consejero del rey (Acto II, Esc.1). La otra visión, legitimadora de los apetitos expansionistas y del pillaje, en el diseño de Caliban. De este modo, concluye, “Shakespeare verifica, pues, que ambas maneras de considerar lo americano, lejos de ser opuestas, eran perfectamente conciliables. Al hombre concreto, presentarlo como un animal, robarle la tierra, esclavizarlo para vivir de su trabajo [...]. En cuanto a la visión utópica, ella puede —y debe— prescindir de los hombres de carne y hueso. Después de todo, *no hay tal lugar* (p. 16-17).

Desde la convicción de que “Caliban es nuestro caribe”, selecciona del montón de lecturas posibles aquellas que literal o simbólicamente se instalan en esta realidad, o, como es el caso de *Caliban*, de Ernest Renan, se vinculan, aunque indirectamente, con ella. La versión de Renan es paradigmática porque testimonia “su odio al pueblo de su país”, al que se une en otros textos, como lo ha denunciado Aimé Césaire en su *Discours sur le colonialisme* (París, 1950), un “odio mayor aún a los habitantes de las colonias” (p. 18). En todo caso, corresponde a Renan el “acierto” de descubrir en el símbolo de Caliban “al pueblo, si bien para injurarlo...” (p.20).

Completan esta bien documentada parte la exploración “del mito de Caliban en nuestras propias tierras americanas” (p. 19). En primer lugar, su aplicación —“francamente extraña”— a los Estados Unidos, por parte de Rubén Darío, Paul Groussac y José Enrique Rodó, opción que en el año 1898 se justifica por la necesidad política de alertar ante el peligro imperialista norteamericano, pero que claramente implica un desacierto respecto al símbolo elegido. Consecuentemente, ve en

Ariel (1900) de J. E. Rodó, sin desconocerle el importante mérito de haber identificado el peligro norteamericano, una actitud genuinamente “colonial”, que asimila la cultura y civilización latinoamericana a la cultura del “viejo mundo todo” (p. 21). No obstante, agregará más adelante, éste su propio libro sobre Caliban probablemente no se llamaría así, sin la existencia, fundamental en el pensamiento latinoamericano, de *Ariel*.

A partir de la década del 50 se consolida una nueva lectura que reconoce en Caliban al hombre colonizado —ya antes algunos autores como el francés Jean Guéhenno y el argentino Aníbal Ponce lo situarían en un nivel social popular y obrero—, lectura que Fernández Retamar asocia a “la emergencia de los países coloniales que tiene lugar a partir de la Segunda Guerra Mundial” (p.22). Se refiere a los movimientos de independencia en el África y el Caribe, cuya “brusca presencia [...] lleva a los atareados técnicos de las Naciones Unidas a forjar, entre 1944 y 1945, el término *zona económicamente* subdesarrollada para vestir con un ropaje verbal simpático [...] lo que hasta entonces se había llamado *zonas coloniales* o *zonas atrasadas*” (p. 22). Una respuesta *ad hoc* a esta amenazante presencia se expresa en el libro de O. Mannoni *Sicología de la colonización* (París, 1950), traducido al inglés y publicado en Nueva York en 1956 bajo el título *Próspero y Caliban: la sicología de la colonización*, en que el entramado de los personajes shakespearianos Próspero, Caliban y Miranda se aprovecha para fundamentar y legitimar una teoría psicológica de la colonización. Si bien en este libro “probablemente por primera vez Caliban queda identificado como el colonial” (p. 23), su orientación es severamente impugnada por Frantz Fanon en el cuarto capítulo (“Sobre el pretendido complejo de dependencia del colonizado”) de su libro *Piel negra, máscaras blancas* (1952).

En Latinoamérica, Caliban aparece como símbolo de identidad latinoamericano-caribeña en 1960, con el libro autobiográfico *Los placeres del exilio*, del barbadense George Lamming, pero sin las connotaciones combativas que adquiere en 1969, cuando “Caliban será asumido con orgullo como nuestro símbolo por tres escritores antillanos, cada uno de los cuales se expresa en una de las grandes lenguas coloniales del Caribe” (p. 24). Ellos son el martiniqueño Aimé Césaire (*Une Tempête*), el barbadense Edward Kamau Brathwaite (con su poema “Caliban”, recogido en *Islands*), y el propio Roberto Fernández Retamar con su ensayo “Cuba hasta Fidel”, “en que se habla de nuestra identificación con Caliban” (p. 24).

Estos son, sucintamente, los principales antecedentes que Fernández Retamar considera en su recuento de la trayectoria literaria de Caliban, antecedentes que lo llevan a concluir que “Caliban es, pues, el símbolo de Latinoamérica y no “Ariel, como pensó Rodó” (p. 25). Asumirlo conlleva “repensar nuestra historia desde el otro lado, desde el *otro* protagonista (...) que no es Ariel, sino Próspero. No hay —continúa— verdadera polaridad Ariel-Caliban: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Caliban es el rudo e incontestable dueño de

la isla, mientras Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual” (p. 30).

Para Fernández Retamar fue José Martí —a cuyo pensamiento dedica el apartado “Otra vez Martí”—, quien precursoramente comprendió y asumió la realidad que implica esta otra polaridad. Deplora que pese a la fama que Martí alcanzó en vida, su pensamiento no fue conocido y valorado debido a la azarosa historia de sus publicaciones (“Nuestra América”, de 1891, apareció como libro en La Habana solo en 1910). No obstante, si este hecho explica y justifica su desconocimiento entre los intelectuales de promociones anteriores, el que ahora, que se dispone de variadas ediciones de sus obras completas, se le siga ignorando, aun por quienes mantienen una “consecuente actitud anticolonialista” (p. 33), es producto, precisamente, de las estrategias enmascaradas de Próspero: “el colonialismo ha calado tan hondamente en nosotros, que sólo leemos con verdadero respeto a los autores anticolonialistas *difundidos desde las metrópolis*” (p. 33). Otro efecto de este colonialismo es que perdimos contacto con nuestras raíces indígenas y somos dóciles observantes de una “perspectiva colonizadora de la historia [... que] nos ha evaporado nombres, fechas, circunstancias, verdades” (p. 34). Martí luchó con la pluma y con las armas contra esta gravitante realidad, no porque soñara “con una ya imposible restauración, sino [... para que] una integración futura de nuestra América [...] se asiente en sus verdaderas raíces y alcance, por sí misma, orgánicamente, las cimas de la auténtica modernidad” (p. 35).

Martí se identificó con la cultura aborigen, la “estudió amorosamente”, y no claudicó en su defensa del indio y del negro en virtud de sus convicciones anticoloniales y antirracistas, que le hicieron afirmar la irrenunciable prioridad de lo propio (llámense universidades, libros o políticos) por sobre lo foráneo. Por eso, Fernández Retamar le reconoce una “visión calibanesca de la cultura de lo que llamó ‘nuestra América’ ” (p.36) y contrastó con la “América europea”.

La contracara a la cultura calibanesca de Martí está representada en la palabra también potente y magnífica, pero esencialmente vocera de Próspero, de Domingo Faustino Sarmiento. Su “*falsa dicotomía*”, *civilización y barbarie*, es analizada en el apartado que se titula “Vida verdadera de un dilema falso”. Contrastando a Sarmiento con Martí, el autor resalta el sedimento racista de su visión infamante del indígena, propicia a la ideología de Próspero, que se expresa en sus libros *Facundo* (1845) y *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883).

Pero, como apuntará luego y reiterará en los apartados finales de este ensayo, los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX como Sarmiento, en su propósito de consolidar el dominio de la burguesía criolla a expensas de las clases populares, no hicieron más que seguir los modelos foráneos que entonces se conocían, modelos que acataron con convicción y fidelidad. Un juicio más severo le merecen en tanto los brotes contemporáneos de esta ideología, los actuales Arieles de los herederos de

esta “viceburguesía” de Próspero. A estos intelectuales, entre los que identifica a Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Severo Sarduy o Emir Rodríguez Monegal, dedica las páginas más extensas, polémicamente mordaces y contingentes de este ensayo.

Se trata de intelectuales que han adherido a las estrategias de Próspero, como es el caso de Borges, por ejemplo, al optar por la política imperialista norteamericana y la tradición eurocéntrica, si bien esto no invalida sus indesmentibles logros artísticos. O Carlos Fuentes, en quien ve un representante típico de la *intelligentzia* latinoamericana que oculta bajo un lenguaje izquierdista su ideología de derecha. Su protagonismo en la dirección de la revista anticubana *Mundo Nuevo*, junto al uruguayo Emir Rodríguez Monegal, es tan solo un aspecto de esta ideología que en otro plano se manifiesta en el formalismo ahistoricista, estructuralista de segunda mano, que exhibe en trabajos críticos como *La nueva novela hispanoamericana* y cuyo galimatías verbal se preocupa de documentar con amplias citas.

Sin entrar a juzgar estas apreciaciones, conviene señalar que el propio Fernández Retamar ha visto la necesidad de aclarar con cierto detalle, como lo hace quince años después en su artículo “Caliban revisitado”, las circunstancias históricas, mencionadas al comienzo de esta reseña, en que se contextualiza su vehemente acometida. Lo hace, como también dice, en respuesta a su tergiversada recepción: “en ocasiones –escribe– se había convertido en un material irreconocible para mí mismo” (p. 74). De paso, es justo señalarlo también, corrige y mitiga algunas de sus opiniones más mordaces sobre los escritores aludidos.

Volviendo a los últimos apartados de “Caliban”, Latinoamérica, pese a estar marcada indeleblemente por la conquista y colonización europea, ha ido gestando en su desarrollo histórico una cultura viva “en marcha” —que Martí definió como mestiza y Alfonso Reyes llamaría en su momento una “cultura de síntesis” (p. 59)— paralelamente a los movimientos revolucionarios y de resistencia, cuyos primeros brotes aparecen con la sublevación de Túpac Amaru en 1780 y los movimientos de independencia, con Haití en 1791 a la cabeza. Desde entonces está en marcha un proceso revolucionario que se consolida con la Revolución cubana de 1959. La consolidación cultural de Latinoamérica —concluye— es “hija de la revolución, de nuestro multiseccular rechazo a todos los colonialismos; nuestra cultura, al igual que toda cultura, requiere como primera condición nuestra propia existencia” (p. 60).

Aunque perdure visiblemente aún la acción de quienes persisten en imponer o reproducir esquemas metropolitanos —dice en 1971—, la conciencia revolucionaria ha generado intelectuales “gramscianamente orgánicos”, como Mariátegui, Fernando Ortiz o César Vallejo, entre muchos otros. También la revolución cubana ha contribuido a este proceso con su búsqueda de “soluciones originales y, sobre todo, genuinas a nuestros problemas” (p. 66) al dar, con sus logros y errores, un espacio amplio a la discusión de los problemas culturales, haciendo posible el acceso a la

educación, el saber y la creación a todo el pueblo. Concordante con las personificaciones poéticas que presiden este ensayo, Fernández Retamar sugiere, al concluir con una cita del Che, que Ariel pida a “Caliban el privilegio de un puesto en sus filas revueltas y gloriosas” (p. 69).

Los tres ensayos restantes pertenecen ya a la década del 90. “Caliban en esta hora de nuestra América”, “Caliban quinientos años más tarde” y “Adiós a Caliban”, si bien son textos autónomos, recaban su riqueza del conjunto y la intertextualidad con el primer “Caliban”. Son capítulos de recuentos, precisiones y ajustes, sobre todo en el plano político. Porque desde 1971, cuando “la revolucionaria década del 60 estaba aún resplandeciente” (p. 94), el mundo ha cambiado de un modo preocupante. Latinoamérica asiste, con pocas excepciones, a un marcado proceso de derechización, la Europa del Este desaparece, Estados Unidos consolida su hegemonía imperial (invade Panamá y bombardea Irak). Al desaparecer el Segundo Mundo (la órbita soviética), queda obsoleto también el Tercer Mundo, sintagmas que son substituidos por la fórmula Norte-Sur, lo que dicho escuetamente significa países ricos y pobres, desarrollados —sugiere llamarlos “subdesarrollantes”— y subdesarrollados, independientemente de su localización geográfica.

Desde este contexto y con la perspectiva ahora del Sur, plantea en “Caliban en esta hora de nuestra América”, el problema de la *modernidad*. Con acopio de su acostumbrada erudición, desarrolla el tema, en primera instancia, desde la perspectiva del *modernismo* literario y su diálogo con la *modernidad*, siguiendo para ello los lineamientos propuestos por la discusión contemporánea representada en estudiosos como Rafael Gutiérrez Girardot, Ivan A. Schulman y Angel Rama. Una vez más José Martí, con su texto “El *Poema del Niágara*” (1882), considerado por Angel Rama “*Manifiesto de la modernidad en Hispanoamérica*” (p.102), le sirve de ejemplo para distinguir entre un proyecto de modernidad “que produciría la modernización capitalista exógena [...] esa *otra* modernidad avizorada por Martí” (p.103).

En los países de Occidente la discusión en torno a estos temas ha puesto de moda un concepto que se ha llamado posmodernismo, tema que le interesa sólo para averiguar —dado que sus más conspicuos representantes, como Jean-Francois Lyotard en su libro *La condición posmoderna. Informe sobre el saber* (1979), circunscribe su objeto a “la condición del saber en las *sociedades más desarrolladas*” (p.105)— hasta qué punto este problema nos atañe. Concluye, siguiendo a George Yúdice, que sí nos atañe, porque siendo un fenómeno ligado al “capitalismo multinacional o tardío, no nos es, no puede sernos ajeno: nos concierne fatalmente, aunque sea desde el lado de la sombra” (p. 108). Desde esta sombra analiza en escuetas pero lúcidas líneas no desprovistas de un forzoso humor, la ideología reaccionaria de algunos acólitos del posmodernismo occidental, como Francis Fukuyama, y su desdeñosa visión de la periferia, a la que se han incorporado, últimamente, los países de la Europa Oriental.

“Caliban quinientos años después” como también “Adiós a Caliban”, son textos temáticamente complementarios a todos los anteriores, en cuanto se precisa y desarrollan tópicos y planteamientos ya tocados, pero vistos ahora desde una óptica rigurosamente contemporánea. También se precisa y desarrolla la imagen de Caliban. Éste, lejos de representar sólo su pequeña isla, se encumbró a alturas más universales y representa a todos los “condenados de la Tierra” (p. 116), cada vez más numerosos bajo los embates del proyecto de la modernidad y el capitalismo global, comenzado hace quinientos años un día de 1492, en su simbólica isla caribeña. Desde esta mirada —“es la mirada y no el objeto mirado lo que implica genuinidad” (p. 116)— pasa revista a la historia occidental, rememora fechas, desenmascara conceptos (“descubrimiento”, “Occidente”, “civilización”, “salvaje”, “hombre de color”, etc.) y descubre procesos ideológicos y estrategias con que Próspero extiende y afianza, cada vez más y de otro modo, su dominio mundial.

Ante la imposibilidad de dar cuenta de todas las facetas que Fernández Retamar roza en este apretado y fervoroso discurso final —se trata de la conferencia dictada en el Congreso de Sassari, convocado en su homenaje y el de Caliban en vísperas del V Centenario— nos parece importante concluir esta reseña ya demasiado larga, con la mención de un problema que de cierto modo resume nuestra condición actual, tanto en el plano político-económico como intelectual. Dice Fernández Retamar, que estamos viviendo una “era de imperialismo prácticamente sin colonias *tradicionales*, pero con muchas no tradicionales: las neocolonias. En consecuencia —agrega— hablar de nuestra era neocolonial, llamándola poscolonial (al confundirse rasgos políticos más bien superficiales con profundas y decisivas estructuras socioeconómicas) implica la aceptación, acaso involuntaria, de otra de las resonantes falsedades de Próspero” (p. 134).

Corresponde agradecer a la Editorial Cuadernos Atenea la publicación de este libro, lúcido, polémico y estimulante, que más allá de su orientación política específica, plantea problemas candentes de nuestra realidad e incita a su discusión. Y agradecer también que haga posible que vuelva a circular en Chile un libro de este intelectual latinoamericano, demasiado tiempo ausente ya de nuestras revistas, librerías y bibliotecas.

Irmtrud König
Universidad de Chile

NOTA

- 1 Respetamos en esta reseña la grafía sin acento de Caliban, que el autor propone como un modo de enfatizar el origen caribeño de este personaje.